

HERALDO DE MURCIA

DIARIO DE LA NOCHE

Año I.

Oficinas: Alfaro, 6, acesorio
Talleres: Saurin, 1.

DOS EDICIONES DIARIAS

Precios: (Murcia, 1 pta. al mes
Fuera, 3 trimestre

Núm. 115

Colegio de San Antonio

DIRIGIDO POR

DON ANTONIO MORALES ROCAMORA

SAN LORENZO, 5.—MURCIA

CURSO DE 1898 A 99

En este antiguo y acreditado centro de enseñanza, quedará abierta la matrícula desde el 1.º de Septiembre, para los estudios siguientes:

Instrucción primaria en sus tres grados: párvulos, elemental y superior.
Segunda enseñanza completa, cuyos alumnos, además de las clases que tienen en el Colegio con sus respectivos profesores, asisten también a las oficinas del Instituto Provincial.

Academia preparatoria para carreras especiales del Estado, civiles y militares.

Curso preparatorio para las carreras facultativas de Derecho y Filosofía y Letras.

Asignaturas de adorno: Francés, Dibujo, Música y Gimnasia.

Las clases de instrucción primaria empezarán el 15 de Septiembre, y las de segunda enseñanza y carreras especiales, el 1.º de Octubre.

Los alumnos son internos, mediopensionistas, permanentes y externos. Para más antecedentes pidáanse reglamentos al Director.

MURCIA 24 DE AGOSTO DE 1898

Puerto Rico

Mal justifica Puerto Rico el dictado de *lealísima*, con que un lamentable error la venía juzgando en España.

En aquella colonia, de cuyo amor a la metrópoli todos nos hacíamos lenguas, se atropella y escarnece a los españoles; se cometen contra sus vidas y haciendas las mayores tropelías; se les obliga, como nuestro correspondiente nos anuncia, a tener que ponerse bajo la protección de los norteamericanos.

Estos hechos vandálicos y cobardes, después del entusiasta recibimiento que allí se tributó a las tropas norteamericanas, acogidas más que como invasores como libertadores de una tiranía opresora y cruel, demuestran que allí se nos aborrece y odiaba, que solo por falta de elementos ó por carencia de valor la insurrección armada no se había alzado allí parricida contra España, como en Cuba y Filipinas.

Triste espectáculo, que a muy dolorosas consideraciones se presta, es ese que en aquella colonia se ofrece ante nuestros ojos.

Con una cobardía indigna, se atropella a los españoles a punto de perder la soberanía, sobre aquel suelo ingrato, por los mismos que rindieron pleito homenaje a esta misma soberanía, cuando aun se mostraba poderosa y pujante.

En el éxito la fingida lealtad y en la desgracia el odio y la violencia; cualidad es esta propia de gentes miserables, sin la más elemental noción del deber y de la dignidad.

Ahora toca festejar al nuevo amo, complacer al vencedor, arrodillarse ante los altares del éxito; y a los que son privados por la ley única é inexorable del más fuerte de sus derechos sobre aquella tierra, a esos la injuria soez, el saqueo, el robo y la agresión personal.

Ésa es aquella decantada lealtad de que tanto blasonaban los portorriqueños y que tanto ponderábamos los españoles. Lealtad que no era otra cosa que el temor al que mandaba y la impotencia para traducir, en hechos su oculta animadversión.

Cartas de Lorca

VII

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA

Mi distinguido amigo: Mucho nos queda aun que recorrer y que aplaudir la gestión municipal del celoso D. Pedro, nuestro cariñoso y buen amigo, que tantas simpatías goza en el país y que tan altos títulos de adhesión tiene para con el Sr. Ruano. (Véase la colección del periódico «El

Baluarto» que él inspiró, y recuérdense sus chispeantes conversaciones en el Casino de Lorca, propósito del energético diputado a Cortes por Lorca.)

Tiene éste, el diputado Sr. Ruano, entre otras buenas condiciones, la entereza de carácter, la energía en sus determinaciones, el no ser, como vulgarmente se dice, del último que llega; y así ha ocurrido que en esta situación no ha quedado a merced del más osado, del más atrevido ó más procaz, pues entre sus buenos y fieles amigos, no hay ninguno que haya pretendido deshacerlo é inutilizarlo por completo. ¡Ah, si hubiera sido éste el pensamiento! pero tal vez lo han logrado; y yo creo, que si de encargo lo hacen mejor.

Desconocidos, en su inmensa mayoría en el campo liberal, cuantos hoy se mueven y agitan alrededor de esa luminosa estrella política conocida por D. Pedro el del Puñalét, según el otro día le oímos llamar, bien gráficamente por cierto, habrá de resultar a la postre, que dará la última puñalada, la de misericordia, (políticamente se entiende) al Sr. Ruano.

Y para colmo del sarcasmo de los sucesos, el Sr. Periago, aquel amigo cariñoso, leal y fiel de D. Raimundo, tendrá eternamente que llevar en su conciencia el gusano roedor de haber sido él, el que sirvió de puente para rehacer rotas amistades, para reanudar deshechos lazos. Aludimos a lo ocurrido el pasado año en Aguilas.

¡Bien paga su pecado! ¡bien caro le cuesta! Sin autoridad propia; sometido a los caprichos del dictador; con eternos testigos de vista; besando la medalla diariamente y corriendo a dar cuenta y tomar órdenes; nos ha parecido, el Sr. Periago, mucho más pequeño que las dos veces que anteriormente estuvo al frente de la Alcaldía. Entonces, hubo causas que motivaran y aun justificaran, su inacción; entonces, tuvo una mano que le guiara también, pero no como ahora al precipicio y al más espantoso descrédito.

Y es que para ser inspirador, verbo y alma de una situación política, nos resulta muy poquita cosa el que hoy desempeña ese cometido.

Y el país vé y riase de ese juego de pigmeos; y los buenos liberales se unen y alian; y allí en la vecina playa se forja también ahora, como en el pasado año, la nube que benéfica mente ha de crear nuestro ambiente, enardecido por la más desastrosa de las políticas y la más pésima de las administraciones que ha tenido, ni tendrá jamás este desdichado pueblo.

Y yo, en mis soledades, repitiendo: ¡Qué amigos tienes, Benito!

Y el Benito del cuento, ó no lo comprende, ó va como los demás, a su negocio, ó a un suicidio político.

Hasta la próxima, suyo,

EL CORRESPONSAL

UNA CESANTIA

Prometíamos ayer ocuparnos más extensamente de la cesantía de nues-

tro querido amigo D. Francisco Ruiz Pastor, decretada a petición del Delegado de Hacienda de esta provincia D. Daniel Balaciart.

Vamos hoy a cumplir nuestra promesa; y para ello empezamos por consignar, que la cesantía del Sr. Ruiz Pastor, empleado inteligente, laborioso y activísimo, ha de causar gran extrañeza en la provincia, donde son bien conocidas sus dotes, y donde es también el Sr. Balaciart harto conocido por sus actos como Delegado de Hacienda.

Ignoramos como todo el mundo y como el propio interesado los ignora, los fundamentos a que haya obedecido dicha cesantía; pues de haber el señor Ruiz Pastor realizado algún acto incorrecto en el desempeño de su destino, parecía lo natural y lo lógico que se le hubiera sometido a un expediente administrativo para deducir la consiguiente responsabilidad ó se le hubiera exigido ésta, si la gravedad del caso lo requería, ante los tribunales de justicia.

Nada de esto se ha hecho y ello prueba que ningún acto de esa índole ha realizado nuestro amigo.

¿A qué causas obedece por tanto, cabe preguntar, la cesantía del señor Ruiz Pastor?

Acaso como ayer indicábamos, la presencia en aquellas oficinas de quien como él, se ha opuesto a ciertos actos realizados por el Sr. Balaciart, fuese demasiado molesta para el Sr. Delegado de Hacienda; y en tal caso podríamos encontrar en el temor de éste, temor muy propio de aquellos a quienes la conciencia acusa de haber llevado a cabo actos no muy regulares, el fundamento de esa cesantía.

¿Acaso se ha apelado a calumniosas invenciones, presentando al Sr. Ruiz Pastor para hacerle objeto de esa medida, como un empleado inmoral? ¡Ah! en este caso, ni el Sr. Balaciart, que tan favorables y honorosos informes de nuestro amigo ha dado en repetidas ocasiones al ministro, era autorizado para ello, ni cuadraría tampoco la defensa de la moral administrativa en un Delegado, cuya desdichadísima gestión en esta provincia, registra páginas como la de las Crisolejas, el registro fiscal de Cartagena, la adjudicación de terrenos de aquel municipio, la devolución de la fianza al arrendatario de consumos de la ciudad vecina y algunos otros no menos escandalosos por no ser tan del dominio público como éstos.

Estas arrogancias del Sr. Delegado de Hacienda, son bien chocantes en circunstancias como las presentes, cuando se debate un expediente que tiene escandalizada a la provincia y cuando quizás en no lejano plazo tenga que responder de sus actos ante los tribunales de justicia, requerido a ello por una corporación popular, gravemente lesionada por resoluciones suyas en los intereses del pueblo que representa.

Cuando esto sucede y cuando tantos y tan sabrosos comentarios hace la malicia pública acerca de los móviles a que se supone obedecen estos actos del Sr. Delegado, bien pudiera suceder que la cesantía de Ruiz Pastor, fuese para él algo así como la salvia que escupida al cielo cae sobre la frente del que la escupe.

Solo en estos tiempos de degeneración que corremos, es posible ver a los acusados por la opinión, convertidos en acusadores de quien como el Sr. Ruiz Pastor, no teme la más rigurosa fiscalización de los actos que como funcionario público ha llevado a cabo.

Y las circunstancias del hecho son aun más graves y su ruindad más evidente, para los que conocemos la historia de ciertos actos de índole privada, en que aparecen dispensadas atenciones de esas que no olvidan jamás las personas bien nacidas.

La muerte del torero

Faelo se consumía en el tenducho de comestibles, donde estaba de dependiente. No era para él aquella vi-

da de constante encierro, sin emociones ni esperanzas. Su sangre vivaracha necesitaba otra cosa, y su carácter ambicioso y fanfarrón aspiraba a algo más que a pasar su florida juventud, en la prosaica ocupación de despachar libras de arroz y de garbanzos.

Parecía un poeta soñador, siempre formando castillos en el aire. Y cuando no había nadie en la tienda, permanecía silencioso con los codos apoyados en el mostrador y la cabeza entre las manos, embargado en profundas meditaciones. Era su cavilación constante el dejar aquel empleo para seguir sus aficiones y hacerse un hombre. El había nacido para torero, y torero famoso de esos que ganan muchos miles de duros y van en los coches de los marqueses y los condes a la plaza de toros.

Desde pequeño, su ilusión más querida era vestir traje de luces y verse en frente de un bicho, hacerlo polvo de una estocada y luego recibir sonriente la ovación ruidosa de un público delirante.

Estaba plenamente convencido de que había de hacer un buen torero. Tenía vocación, entusiasmo y no le faltaba valor. Además, se había ensayado mucho. Cuando era un arrapiezo de nueve ó diez años, iba al cauce del río, y allí, debajo de los puentes, en compañía de otros mozos, ponía banderillas a un muchacho que llevaba en la cabeza un pedazo de corcho con dos cuernos enormes, y se ejercitaba en el manejo de la muleta y el estoque.

Y era tal su afición, que no contento con estos juegos y parodias, llegaba a provocar con un pedazo de percalina a los toros que había constantemente en el cauce del río para ser llevados al matadero. A fuerza de pasarles el trapo encarnado por delante de los ojos, los animales concluían por embestirle y hasta por derribarle con un desprecioso topetazo. Faelo entonces se levantaba radiante de alegría, sonriendo a sus compañeros que le aplaudían estrepitosamente.

A pesar de su poco gusto por la ciencia, Faelo aprendió a leer porque le encantaban los periódicos taurinos y quería saber lo que decían. Y todos los domingos compraba «La Lidia» y «El Tío Jindama» y «El Teroo Cómic», y hasta llegó a suscribirse a una gran obra que relataba con sus menores detalles la vida y milagros de los toreros más valientes, desde «Cúchares» hasta el «Guerra». Así es que Faelo se sabía por la punta de los dedos todo cuanto hay que saber en el arte de Montes.

Lo único que le faltaba era práctica, ejercitarse un poco, echarse a la arena y por esto deseaba salir cuanto antes del tenducho de ultramarinos, donde se consumía despachando día y noche cucuruchos de arroz y libras de chocolate.

Faelo dejó al fin su oficio de dependiente. Tenía algunos ahorritos y se hizo un pantalón de talle alto y una chaquetilla corta y se compró un pañero cordobés, color perla, que llevaba puesto con mucho estudio sobre los tuños negros y rizados. Y decidido ya a ir a Roma por todo, se dejó coleta y formó cuadrilla con tres ó cuatro chavales más, antiguos conocidos suyos.

En todos los pueblecillos del contorno se hizo famoso, Faelo el «Morenito», corriendo vaquillas y toretes. Tenía sangre torera y llegaría a hacer algo si un bicho no lo enviaba al otro barrio antes de tiempo.

Por aquella época se enamoró Faelo de la Paca, una chica muy guapetona que tenía un taller de plancha y unas manos primorosas, con las cuales se ganaba muy buenos cuartos. Faelo fué correspondido y empezó a darse la gran vida y a ponerse simpático de veras.

¡Qué pecheras de camisas las que llevaba Faelo!... Horas enteras pasaba la Paca rizándole, encañonándole, sacándole brillo hasta que parecían espejos. Unicamente le faltaba para que luciesen más, unos buenos brillantes, como los que llevaba el famoso diestro que había estado en la ciudad los días de las corridas reales. Mas los brillantes ya vendrían con las contratas y los miles de pesetas que Faelo iba a ganar dentro de poco.

¡Cuántas ilusiones se formaban los

amantes a cada paso! Sus ídolos eran «Lagartijo» y «Frasenolo». Pensaba ser como ellos muy ricos y gozar del mismo renombre. Sus retratos saldrían en todos los periódicos, y también los de sus hijos, cuando los tuvieran, y hasta los del perro y el gato de la casa. ¡Qué bien iban a estar! Paca dejaría el taller de plancha y viviría como una princesa. ¡Qué colección tan rica de mantones de Manila iba a tener entonces!

Ni la tiple del teatro Nuevo iba a poder competir con ella. Y eso que la tal tiple los tenía de todos tamaños y colores, incluso uno rojo y amarillo que agitaba como una bandera cuando había que dar gusto a los tontos, haciendo vibrar la cuerda patriótica.

Ella no era ambiciosa y se contentaba con lo que algunos toreros célebres ganan en un año.

Una vez reunido un capitalito para vivir bien haría que Faelo se retirase. De este modo gozaría de tranquilidad y evitaría que un toro la dejase viuda y sin consuelo para siempre.

Era un domingo. En las esquinas de las calles se veían pegados grandes carteles de colores anunciando una gran corrida de novillos, en la cual iba a tomar parte Faelo el «Morenito». Entre los aficionados había verdadero interés por ver cómo se portaba aquel muchacho. Tenía fama de valiente y alguien que lo había visto trabajar ponderaba mucho sus actitudes.

La plaza se llenó casi por completo, y en los tendidos se veían muchas chicas bonitas; todas las planchadoras de la ciudad que consideraban al novio de la Paca como si fuera de la familia.

Faelo estaba muy guapo con su traje de luces, y, como siempre, ostentaba orgulloso una camisa blanca como la nieve, admirablemente planchada por su novia.

Al entrar en la plaza, al frente de los chavales que formaban su cuadrilla, la gente le tributó un aplauso al verle.

Comenzó la brega, y durante el primer toro, todo fué bien. Faelo y los suyos mostrábase trabajadores y con visibles deseos de quedar lo mejor posible. Tocaron a matar, y el «Morenito» se portó como un hombre. Dió dos pases de muleta que entusiasmaron a los inteligentes, é hizo polvo a la fierra propinándole una estocada hasta el puño.

Aquello fué el delirio. La plaza se llenó de sombreros, y Faelo no tenía manos bastantes para recoger los puros que le tiraban desde los tendidos. Al novillero le castañeteaban los dientes temblando de alegría. ¡Si estuviera allí la Paca para que viese aquel entusiasmo y supiese quién era él!...

El «Morenito» volvió a coger los trastos para matar el tercer bicho. El público lanzó un rugido de satisfacción: «¡Olé por los chicos valientes!».

Faelo se acercó al toro, y entonces sucedió una cosa inexplicable; la fierra se lanzó sobre él inopinadamente y le enganchó por la faja, dándole dos ó tres vueltas en el aire.

El público volvió a rugir; esta vez de espanto.

Faelo estaba herido y lo llevaron a la enfermería. La herida no parecía muy grave, pero el pobre mozo estaba pálido como un muerto. Sonreía, no obstante, y afectaba serenidad para no perder su fama de valiente. Y la blanquísima pechera planchada con tanto esmero por la pobre Paca, estaba empapada de sangre.

Aquella noche los vendedores de periódicos atronaban las calles vocando la cogida del «Morenito».

A la puerta del taller de Paca había una porción de gente deseosa de saber noticias del herido.

Dos ó tres médicos famosos de la ciudad se ofrecieron a asistirle gratis. Al día siguiente un periódico taurino publicaba el retrato de Faelo, daba detalles de su vida y hablaba también de la Paca, diciendo que era una chica de mucho mérito.

Faelo sabía todas estas cosas, y sufría gustoso la herida que le proporcionaba la popularidad tan deseada.

Todo iba bien. Los doctores respondían del enfermo y Paca comenzaba a tranquilizarse; más de pronto sobrevino no sé qué complicación, y el pobre novillero lanzó el último suspiro, casi sonriente, afectando serenidad para que no dijese.

